

DIOSAS
de HOLLYWOOD





Frédéric Martinez

DIOSAS de HOLLYWOOD

Traducción de Silvia Kot

 *Editorial El Ateneo*

Martinez, Frédéric

Diosas de Hollywood / Frédéric Martinez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.

208 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9953-4

1. Cine. 2. Historia de la Cultura. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.

CDD 791.43092

Diosas de Hollywood

Título original: *Portraits d'idoles*

Autor: Frédéric Martinez

© Editions Perrin, 2015

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: diciembre de 2016

ISBN 978-950-02-9953-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

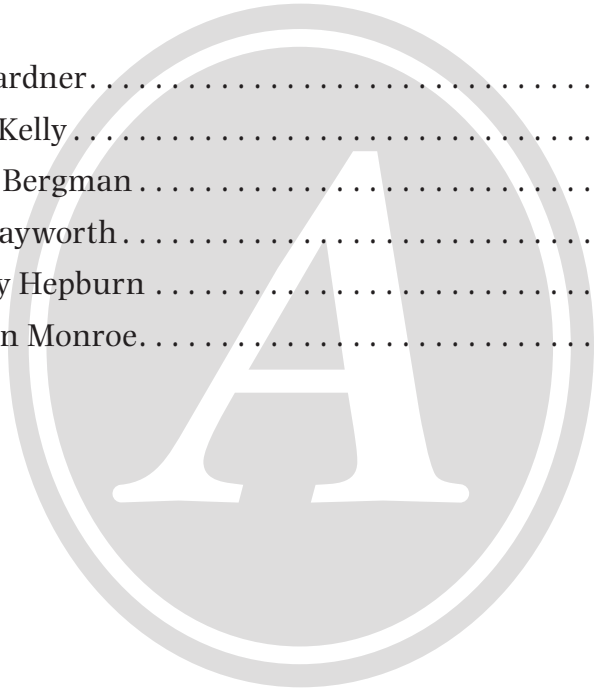
en diciembre de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Ava Gardner.....	9
Grace Kelly.....	73
Ingrid Bergman.....	105
Rita Hayworth.....	143
Audrey Hepburn.....	163
Marilyn Monroe.....	179





Ava Gardner





“Esa chica, Ava, será su muerte”.

Ava Lavinia Gardner nació el 24 de diciembre de 1922 en Carolina del Norte.

No conoció enseguida el color del dinero. Creció en Brogden, en la residencia para maestras que administraba su madre, Molly. Las solteras la prevenieron contra los hombres malvados que pululaban en Hollywood, esa Babilonia a orillas del océano, en el extremo del país. Jonas, su padre, trabajaba como labrador.

Ava vivió años salvajes, descalza entre los campos de tabaco. Peleó a puñetazos, trepó a los árboles, escaló torres de agua, penetró en la sombra azul de los bosques, rodó en el polvo de la Gran Depresión. Trabajó amistad con un obrero temporario negro, frecuentó pandillas, con las que compartía travesuras. Aprendió a fumar y a maldecir. La infancia de Venus fue una novela de Mark Twain. Amaba la música con pasión. Esa niña tenía el ritmo en el cuerpo. Había que verla en la iglesia contoneándose al son de “Más

cerca, oh Dios, de ti”. Lo que prefería eran los blues que pulsaban en sus guitarras los músicos callejeros.

Era una alumna distraída: solo le prestaba atención a Clark Gable, que reventaba la pantalla en *Tierra de pasión*, en el flamante cine de Smithfield. En ese templo de estuco, la novia de Tom Sawyer soñaba con príncipes azules peinados con brillantina que domaban caballos salvajes y poseían ranchos más grandes que castillos en la costa oeste. En 1933, Bing Crosby le mostró los *Amores en Hollywood*. Le costó mucho volver a la realidad.

Los Estados Unidos de los años treinta se convirtieron en una pesadilla. La crisis económica entró como una serpiente al edén campestre. Ava tuvo que ponerse zapatos para transitar el asfalto de Newport News, en Virginia. Su madre tenía allí una pensión miserable cerca del puerto, llena de “tipos repugnantes” que no se parecían a Clark Gable. La niña salvaje ingresó a la jungla urbana y supo que era pobre. Gastó las pocas faldas que tenía en los bancos de la escuela y se enfrentó con el desprecio de sus condiscípulos. Los pequeños engreídos se burlaban de su modo de hablar cansino que olía a tierra. Llegó la adolescencia, que fue muy generosa con ella: de pronto no supo qué hacer con ese cuerpo magnífico que le había tocado en suerte. No faltaron muchachos que quisieron enseñarle. Un futbolista de corazón ardiente, que se cruzó con ella en el pasillo de la escuela, le ofreció una hamburguesa y una

Coca-Cola. Ella no dijo nada. Él no la volvió a ver. Venus era tímida. Su madre desconfiaba de los muchachos. Murió su padre. Newport News fue más triste que nunca. Los estibadores le echaron el ojo a Ava. La familia no debió irse nunca de Carolina del Norte. Regresaron en 1938, cuando Molly volvió a trabajar en una residencia para maestros en Rock Ridge, un pueblo del condado de Wilson.

Ava tenía dieciséis años. Diosa rural, arrastraba sus pies descalzos sobre los caminos de tierra por los que los muchachos la habrían seguido sin vacilar. Pero Molly había alertado a su hija: “Si conoces a un hombre antes del matrimonio, te perseguiré hasta la tumba”. Beatrice, alias Bappie, la mayor de las hermanas Gardner, se había ido a Nueva York para trabajar como vendedora en una gran tienda. Hermosa como una estrella de cine, usaba tacos altos y se pintaba los labios. Después de un divorcio en Smithfield, mordía la Gran Manzana a dentelladas y vivía con Larry Tarr, un fotógrafo que trabajaba en la Quinta Avenida. Ava era fotogénica. Cuando fue a visitar a Bappie a Nueva York, Larry le tomó una foto. Con un vestido a lunares y un sombrero de paja, Ava miraba fijamente el objetivo. A pesar de su sonrisa tímida, tenía el aspecto de una tigresa disfrazada de pastora. Luego volvió a Rock Ridge, donde la esperaba un destino de secretaria: aprendió taquigrafía y dactilografía en el Atlantic Christian College de Wilson. Ignoraba que Hollywood estaba escribiendo para

ella otro guion. Miss Campus, diva de los *dancings*, hacía que todos se volvieran para mirarla: empezó triunfal una vida de clase B. Su belleza natural hacía trastabillar a los muchachos de Carolina, comparsas de su ídolo descalzo en un decorado que le quedaba chico. Las avenidas de Nueva York ampliaban las perspectivas. Acompañada por Ace Fordham, su *boyfriend* del momento, Ava volvió a visitar a Bappie y Larry. Ávida de decibeles, asistió con ellos a todos los *night-clubs*, le pidió un autógrafo a Henry Fonda. Los cobres de las *big bands* se bamboleaban en la noche urbana, repleta de luces. Ava adoraba la noche, el rumor de la noche.

Barney Duhan adoraba su naturalidad y su frescura, el hoyuelo en su barbilla, su boca sensual y sus grandes ojos que lo miraban fijamente.

Quería decirle algunas palabras, seducirla un poco, pero ella no respondió y permaneció quieta como un cuadro, silenciosa, belleza salvaje entre los taxis amarillos, Venus de los campos de tabaco perdida en la Quinta Avenida con su sombrero de paja y la cinta anudada bajo el mentón, ofrecida a las miradas en el escaparate de un fotógrafo. Barney Duhan era un pobre mortal, un hombre anónimo de Nueva York, salvo por un detalle: trabajaba en la Metro-Goldwyn-Mayer. La MGM. Tres letras mágicas para todas las jóvenes norteamericanas que tenían la

cabeza en las nubes, o en las estrellas: las que brillaban en Hollywood, California.

Aquel día, los olmos del Central Park ya estaban verdes: la primavera se disponía a convertirse en el verano de 1941. Duhan no era realmente un pez gordo de los estudios cinematográficos. Su objetivo era ser abogado y mientras tanto tenía un empleo como mensajero del servicio jurídico de la Loew's Inc., casa matriz de la MGM. Solía mencionar a su empleador sin precisar su función en la empresa cuando quería conquistar a una muchacha bonita. La foto de Ava lo impresionó, y quiso conocer el original. Quizá pudiera llevarla a una fiesta para la que no tenía pareja. Entró a una cabina telefónica y marcó el número del estudio de Larry Tarr. Se presentó: Barney Duhan, de la MGM. La chica de la foto le interesaba. ¿Quién era? ¿Dónde vivía? Se llamaba Ava Lavinia Gardner y vivía en Carolina del Norte, un poco lejos para pasar a buscarla. De la Quinta Avenida a Times Square, donde se encontraban las oficinas neoyorquinas de la MGM, el trayecto era más corto. Larry, electrizado por el llamado de Duhan, que seguramente tenía otros objetivos en vista, hizo ampliaciones de sus fotos más logradas de Ava con su Speed Graphic y se las llevó personalmente a la empresa del león rugiente.

Mientras tanto, allá, entre Wilson y Rock Ridge, Ava pensaba en casarse, por qué no con Ace, y se resignaba a vivir

la vida de una Madame Bovary sureña. Entre las líneas de los informes y las cartas que mecanografiaba en su máquina de escribir, soñaba en tecnicolor. Se pintaba las uñas y le lanzaba miradas insinuantes a Clark Gable, que sonreía en los afiches, para que no se lo llevara el viento...

En julio de 1941, el destino llamó por teléfono. Tenía la voz de Bappie y le aconsejó a Ava “mover el trasero”. La MGM quería verla. Molly no dijo que no, y Ace no dijo que sí cuando ella le pidió que la acompañara a Nueva York. Creía que Ava se hacía la película: dudaba que pudiera hacer alguna. Ella regresaría a la soledad de los campos de tabaco. Tal vez. Tal vez no. *So long, baby*. Ava hizo sus valijas y se despidió de su madre. El calor del verano quemaba las calles de Smithfield. Ava, muy tranquila, empuñaba su maleta. Subió al autobús. En Nueva York, las autoridades de la MGM le encontraron ese “algo” sin lo cual es imposible emprender una aventura. Ava nunca tomó el autobús de regreso. Ganó su pasaporte para la capital del cine.

Movieland. Filmland. Starland. Bienvenida a Hollywood, *tierra de mil sueños, tumba de mil esperanzas*.

El Pacífico contaba historias originadas en la noche de los tiempos. Las palmeras tomaban el cielo por asalto y se balanceaban a merced de las brisas marinas. Las bellezas norteamericanas desfilaban por Ocean Drive. Sus autos resplandecían al sol. Corrían tras un sueño. Los Ángeles,

la ciudad en la que todo puede pasar. El océano centelleaba. Las *starlets* languidecían en sus tumbonas y pasaban allí tardes de color azul piscina, simulando ser bellas bajo el cielo inexorable. Las más afortunadas les habían vendido su alma a los *majors*, criaturas bajo contrato condenadas a sonreír; las otras mordían el polvo de la nueva Babilonia, dalias negras tempranamente marchitas, deshojadas por manos de asesinos. Algunas se arrojaron al vacío desde las letras gigantescas que se alzan en la cima del monte Lee: HOLLYWOOD, trampolín final hacia el abismo de las quimeras. La columnista de espectáculos Louella Parsons no recordaba sus nombres. Las aspas de los ventiladores removían el aire tórrido. Howard Hughes, que ya estaba loco, piloteaba sus aviones y espiaba a sus amantes, a las que hacía seguir por detectives privados. Philip Marlowe, el personaje de Raymond Chandler, prefería contemplar las flores violetas de los jacarandás y lanzaba sus aforismos frente al Pacífico: “el mundo era un húmedo vacío”. Barton Fink, estancado en sus guiones, dialogaba con el diablo para olvidar sus páginas en blanco. Francis Scott Fitzgerald, estrella fugaz de la era del jazz, murió sin terminar *El último magnate*. Encerrados en sus búngalos, hombres invisibles del reino de la apariencia, los escritores aprendían con estupor que un estudio cinematográfico era “lo más parecido a una administración soviética”. Mala época para los esclavos de la Underwood.

Bajo los proyectores, las cosas no iban mejor. La gloria es un perro del infierno. Unos tras otros, se sucedían los estrenos en el Grauman's Chinese Theatre. Los flashes cegaban a las estrellas, empalidecidas por los neones: desfile de espectros. Greta Garbo, la Divina, hizo su última aparición en la pantalla en *La mujer de las dos caras*. Soberana muda, eludió para siempre las leyes de la taquilla y se sumergió definitivamente en un baño de silencio. Hollywood, la meca del cine, era también la capital del miedo. Para los productores existía un solo pecado: el fracaso. Samuel Goldwyn repetía su consigna: "Usted no vale más de lo que vale su próxima película". La roca Tarpeya estaba cerca de Beverly Hills. Ninguna conquista era definitiva. Los reyes del día se sentaban en tronos de cartón piedra. Sus sonrisas eran el duelo resplandeciente de la felicidad. En las junglas artificiales y las sierras de estuco, la realidad y la ficción se confundían, la gloria se tuteaba con el olvido. Las sesenta hectáreas de los estudios de la MGM, en Culver City, eran bastante extensas como para albergar la fragua de Vulcano. Al pie de los altos muros que impedían el acceso, los aspirantes al éxito llegaban desde todo el mundo con la esperanza de convertirse en estrellas.

Ella no había pedido nada.

Cuando desembarcó en Movieland, con sus grandes ojos verdes y su duro acento rural, Ava no jugó a la *starlet*.

No lo necesitó. A pesar de su timidez y su incapacidad para hacer una prueba de cámara convincente, su voz ronca y su aspecto un poco salvaje dejaban pasmados a todos. Una Venus bastante tosca, pero Venus al fin. Tenía esa clase de presencia que no se aprende en las escuelas de arte dramático. Los maquilladores se empeñaban en rellenar el hoyuelo de su mentón, pero en realidad no tenían demasiado que hacer: cuando intentaron depilarle las cejas para volver a dibujárselas con lápiz, la bella montó en cólera y estuvo a punto de mostrar sus garras. Luego, la cadena de fabricación de estrellas tallaría y engazaría ese diamante en bruto de Carolina del Norte. A partir de ese momento, ella les perteneció a los estudios.

El primer día, en las calles de la ciudad MGM, entre los estudios de filmación, quizá se cruzó con algunos *cowboys* que se besaban con indias, caballeros y gentiles damas con cigarrillos en los labios, directores exasperados armados con megáfonos, divas desconsoladas entre dos rabetas, piratas y aventureros a quienes les costaba distinguir, entre los cables y los micrófonos, los contornos de su isla del tesoro de cartón. Quiero creer que ese día, beldad de los grandes caminos perdida en la fábrica de fantasmas, Ava les regaló una ráfaga de luz a los exhaustos trabajadores del sueño americano. Era la clase de mujer capaz de transformar a los hombres en forajidos nocturnos, de despertar a Míster Hyde. Suscitaba en ellos el deseo de pasar al

abordaje por cansados que estuvieran: los obreros rasos de las fantasías californianas jamás habían contemplado una estatua griega dotada del habla bordeando el Pacífico sobre las playas de Malibú o de Santa Mónica.

Ava ya había visto a Mickey Rooney.

Fue en Smithfield, en la pantalla del cine. Seguramente interpretaba a Andy Hardy, el joven norteamericano que encarnó en una serie de películas exitosas, en las que la MGM exaltaba los valores familiares, y que le garantizó la gloria en un estudio cinematográfico desde la adolescencia. No lo reconoció de inmediato. Usaba un sostén y una falda con lentejuelas, lápiz labial y tacos altos, para el film musical *Babes on Broadway*. Los presentaron. Mickey Rooney no la olvidó.

Una mañana, Ava vio a Clark Gable bajando de su moto, cabalgadura mecánica. Tomó clases de dicción, posó para innumerables fotos, en estudio o en exteriores, con diversos atuendos, casi siempre en traje de baño, rechazó los avances de un depredador con traje de ejecutivo, rechazó los avances del incansable Mickey Rooney, aprendió el miedo y la desconfianza bajo el sol negro de Movieland, y se impacientaba con Bappie en su pequeña habitación del Hollywood Wilcox.

Sin maquillaje pero no sin alcohol, Mickey Rooney también se impacientaba con su idea fija, su hermoso problema

llamado Ava. En vano le telefoneaba, la invitaba. Se obstinó. Se obsesionó. El engendro mejor pago de los Estados Unidos, el campeón de todas las taquillas no podía conseguir a Ava: ella no deseaba a ese hombrecito muy rico que no era su tipo. Presionada por su hermana mayor, finalmente aceptó ir a cenar con él. Bappie los acompañó. El hombrecito interpretó su papel: se empeñó en aturdir a Ava y, mientras los japoneses bombardeaban Pearl Harbor, adoptó una estrategia de “conquista total”. La llevó a restaurantes en los que había más estrellas que cubiertos, la invitó a bailar a las discotecas frecuentadas por “Todo Hollywood”, le hizo acompañarlo a ver combates de boxeo, también a un estreno en el Grauman’s Chinese Theatre y a todos los lugares en los que convenía ser visto. La llevó a pasear en sus autos deportivos descapotables, la exhibió como un trofeo incluso antes de haberla conquistado. Los periodistas de espectáculos revelaron esa relación, aunque era inexistente. Ava no quería ir más allá del beso romántico antes de casarse. Pero se necesitaba mucho más para desalentar a Mickey Rooney, que le propuso matrimonio veinticinco veces, le consiguió un pequeño papel en un cortometraje titulado *Strange Testament* y le habría conseguido la luna... Finalmente ella dijo sí.

No.

Louis B. Mayer dijo no.

Todo su rostro y todo su cuerpo dijeron no.

Macizo, colérico, paternalista, crispado, afligido por un cuerpo grueso que pesaba varios millones de dólares, con ojos penetrantes detrás de gafas redondas, el todopoderoso patrón de la MGM no estaba de humor para bromear cuando Andy Hardy apareció de improviso en su oficina del brazo de una extra. El actor se sentía incómodo. Parecía aún más bajo que su metro cincuenta en la desmesurada oficina del magnate, un verdadero decorado de cine creado por Cedric Gibbons, sala de audiencias de un amo del mundo: allí estaba el Olimpo de Hollywood. Y Júpiter estaba en un mal día. Lo habían contrariado y eso no le gustaba. Algunos instantes después, descargaría su rayo. A los cincuenta y seis años, Mayer, un *self-made-man* emigrado de Bielorrusia, se convirtió en el zar de Hollywood: no soportaba que lo enfrentaran y pretendía dictarles la conducta a quienes le pertenecían. En el fondo, es posible que odiara a los actores, esos fantoches cuyas carreras podía destruir en cualquier momento. La vida disipada de Rooney, Don Juan juvenil e imprevisible, no le inspiraba ninguna benevolencia. Andy Hardy, el ídolo de los autocines, el buen norteamericanito medio, ¿realmente creía que podría casarse sin su consentimiento con esa bomba sexual salida de la nada? ¡Era inadmisibile, por supuesto! “¿Cómo te atreves a hacerme esto? ¿A mí, que fui un padre para ti? ¿A nuestro estudio, que fue tu familia, que te ha llevado hasta tu enorme éxito?”, le espetó el ogro a ese

hijo indigno, enamorado de una morena sin cualidades que no parecía en absoluto la novia de Andy Hardy. En la vida, como en las películas, Louis B. Mayer detestaba los errores de casting. Aquel día, Andy Hardy se había tomado libertades con su papel, interpretaba contra viento y marea su personaje de enamorado, totalmente decidido a casarse con el oscuro y muy glamoroso objeto de su deseo. “¿No quieres escuchar razones? Muy bien. Entonces te lo prohíbo. Es todo. Te lo prohíbo”. A Mayer siempre le gustó reservarse el *final cut*. Una palabra de su parte, una firma al pie de un documento y las estrellas más famosas rodaban de inmediato por las pendientes del monte Olimpo. Transgredir sus prohibiciones era tan arriesgado como robar el fuego. Mayer podía descolgar las estrellas de la marquesina y enviarlas a navegar por los mares del olvido. Rooney se empecinó, como esos boxeadores que se niegan a quedarse en el piso y deciden cambiar, a su costa y riesgo, el libreto ya escrito de su enésimo combate amañado. Su victoria se llamaba Ava. Le costaría caro.

Mayer les ofreció una boda clase B. No había nadie o casi nadie aquel 10 de enero de 1942, en la iglesia Santa Ynez Valley, cerca de Santa Bárbara, donde los estudios habían organizado, por un puñado de dólares, una ceremonia sumaria. La novia vestía de azul. Llevaba un vestido común, un sombrero común, zapatos comunes. Le dolió que su

familia estuviera ausente, con excepción de Bappie, promovida a dama de honor. Sufría por la ausencia de su madre enferma: la MGM le había sugerido que se quedara en Carolina del Norte y formulara a la distancia sus deseos de felicidad. Los tiburones de los estudios saturaban sus películas almibaradas de buenos sentimientos que ellos mismos no tenían. Masacraron la *Marcha nupcial*, Rooney puso el anillo en el dedo de Venus, se subió a un banquito para besar a su esposa de un metro sesenta y siete frente a la cámara del fotógrafo de la MGM y eso fue todo. No fue la boda con la que soñaban las muchachas. En el anillo de platino de la señora Rooney, que un esbirro de Mayer se había encargado de comprar, estaban grabadas las palabras: *Love Forever*.

Por supuesto, no duró para siempre.

A lo sumo, algunas semanas. Ava descubrió el sexo con deleite: fue una alumna aplicada de la escuela del placer. En el dormitorio, la joven pareja se entendía a las mil maravillas. En las demás habitaciones, era más difícil. Muy pronto se dieron cuenta de que actuaban juntos, pero no en la misma película. Rooney, finalmente casado con su diosa sureña, no abandonó la vida de gran espectáculo que llevaba en los lugares de moda, en Chasen's o en Romanoff, whisky, póker, etc. Adulado por su corte, el mortal quería vivir como un dios. Venus aspiraba a la felicidad de los

mortales: quería restringir el Olimpo a su cocina americana. La ambrosía se convirtió en vinagre. Las escenas de la vida conyugal, en sus sucesivos domicilios de Westwood y Bel Air, fueron básicamente escenas matrimoniales. Ava hizo breves apariciones en *Calling Dr. Gillespie* y *Kid Glove Killer*, en la que pronunció su primera frase en la pantalla: “¿Le sirvo un postre?”; interpretaba un papel de mesera. Aunque pertenecía a la constelación MGM, tardó en brillar. El alcohol le daba lustre a la vida cotidiana y se convirtió en un valioso amigo. Con su ayuda, Ava superaba el trac, lograba vencer su timidez. Necesitaba aplomo para sobrellevar su vida demasiado expuesta, tachonada de lentejuelas. Los efectos secundarios no tardaron en manifestarse. En ocasiones, Ava salía en una carroza descapotable y rugiente, y volvía en una calabaza: glamorosa aparición convertida en mujer ordinaria. Volaban muchas cosas: insultos, un tintero, plumas cuando ella destrozaba el salón conyugal con un cuchillo de cocina. El matrimonio no pasó del verano. Ava se fue. Rooney hizo todo para que regresara, peor ella se negó. Andy Hardy acusó el golpe. Mayer intentó reavivar la llama por motivos comerciales. Ava regresó y se arrepintió. Rooney también. Ella trató de ser odiosa y lo consiguió: se fue otra vez, para siempre.

Nunca más volverían a beber Coca-Cola. Nunca más irían a ver a Andy Hardy al cine. Desfigurados por la metralla,

los jóvenes estadounidenses se pudrían en el fondo del Pacífico, frente a Guadalcanal. Las *vedettes* también mueren y la MGM prefirió mantener a Rooney al calor de los proyectores de Culver City. Las penas del corazón mataban más lentamente que los japoneses. El cuerpo escultural de Ava poblaba las noches de Rooney. La idea de que pudiera pertenecerle a otro lo atormentaba. Ya no disfrutaba de los paños verdes de Los Ángeles y la añoranza de Ava era más fuerte en su sangre que la concentración de alcohol. Filmó algunas *Andy Hardy* más antes de descender lentamente por Mulholland Drive para desviar su estrella hacia el aire de la televisión. No todas las estrellas son eternas. Ava ya no era la señora Rooney. No era nada, nada más que una criatura bajo contrato, como tantas otras en la gran caballeriza de la MGM. Para la mayoría de ellas, el gran papel nunca llegaría.

Allí estaba ella. Morena intensa, bello ángel negro que rezumaba sexo. Imposible no verla. Imposible no tenerla.

Al margen de las grandes compañías que se repartían Hollywood, el extravagante señor Hughes era el protagonista de una superproducción de presupuesto faraónico: su propia vida.

Le encantaba reclutar bellas *partenaires* entre las bambalinas de los estudios. La primera vez que vio a Ava Gardner

fue en el diario. La fotografía del artículo que reseñaba el final del matrimonio de Mickey Rooney le dio la idea de conocer a esa belleza en proceso de divorcio. A los treinta y ocho años, Howard Hughes no transigía con sus sueños de gloria. Ese texano que quería ser “el aviador más grande del mundo, el productor más grande del mundo y el hombre más rico del mundo” cumplía su destino mitológico como si fuera un pliego de condiciones. A los veintinueve años, había fundado su compañía de aviación, la Hughes Aircraft Co., y luego compró la Transcontinental & Western Air (TWA). A los treinta y tres años, había dado la vuelta al mundo en avión en noventa horas, catorce minutos y veintiocho segundos, batiendo el récord de velocidad. En 1930, dirigió *Los ángeles del infierno*, produjo la resonante *Scarface* en 1932, víctima de la censura y objeto de culto para los cinéfilos, y en 1941, dirigió y produjo *El forajido*, que tardó dos años en estrenarse porque el busto y las piernas de Jane Russell pusieron al rojo vivo los afiches del western y alarmaron a las tijeras del código Hays, que establecía los límites morales del cine. Todo eso era mucho, pero no era nada todavía para Howard Hughes. Este multimillonario excéntrico, que comía todos los días una chuleta y veinticinco arvejas, vivía contra la corriente y coleccionaba juguetes: aviones y actrices. Tuvo como parejas a Jean Harlow, Ginger Rogers, Katharine Hepburn y Bette Davis, entre otras.

Ava Gardner no le diría “no”: Howard Hughes detestaba esas dos letras.

Ava estuvo encantadora.

El acólito enviado por Hughes le habló de un papel en su siguiente film. Al regresar, su informe fue entusiasta y Hughes invitó a cenar a esa célebre desconocida. Pasaron una velada agradable, a la que siguieron otras. Hughes la hechizaba, pero no la seducía. Se tomaba su tiempo. Le regaló abrigos, un perro, le mandó a su madre uno de los médicos más eminentes de los Estados Unidos, pasaron fines de semana en México, San Francisco y Las Vegas. Ava se dejaba halagar, aceptaba sus obsequios suntuosos, pero cuando le mostró un anillo de compromiso, dijo que no. Los regalos de Hughes se incrementaron y ella los aceptaba, pero no le daba su consentimiento. Era un juego perverso. Hubo discusiones y diamantes. El príncipe azul carecía de romanticismo. La espiaba, y ella lo sabía. Espiaba a cada una de las amantes que tenía por toda la ciudad. Los detectives que contrataba para vigilarlas le daban informes detallados sobre las actividades de su harén hollywoodense. Ninguna de ellas podía pestañear ni ir al Mocambo sin que Hughes se enterara. Le informaban sobre el color de los cócteles, la cantidad de vodkas. Ava estaba harta de ese John Edgar Hoover con ropa de *play-boy*, pero los diamantes refulgían en la noche, incendiaban su pasado salvaje

en los campos de tabaco. Él la deseaba. Les confesó a sus esbirros que había hecho “todo lo posible”. Acostarse con ella era su obsesión. Quería poseerla. Ella no le pertenecía a nadie, pero todavía era la señora Rooney. Hughes organizó un viaje a Nevada, cuya legislación facilitaba los casamientos y los divorcios. Ava pasó seis semanas bajo vigilancia en el Last Frontier, un rancho para *cowboys* de lujo, en medio del desierto, a pocos cactus de Las Vegas. Al borde de la piscina, ella se untaba con crema solar: una Venus en el Far West. El mes de agosto fue tórrido. Hacia fines del año 1943, se dictó el divorcio. Ava abandonó el Last Frontier y volvió a Los Ángeles. Se reencontró con su casa, que Hughes había mandado llenar de micrófonos. Se reencontró con su ex marido, que le pareció un amante aceptable. La vigilancia de Hughes reavivaba el deseo en ellos, que jugaban a ser amantes en fuga. Los detectives privados les perdían el rastro. La vida era cine negro. La banda de sonido de sus actos sexuales hería a Hughes. Le hubiera gustado cambiar los personajes. Una noche, decidió poner orden en la película e irrumpió en el dormitorio de su protagonista.

Interior. Noche.

Ava está sola, tendida en su cama, y duerme. Hughes enciende la luz, la despierta. No pensaba encontrarla sola. Ella quiere estar sola. Primer plano del rostro de Hughes, devastado por el deseo. Sube el tono. Ava grita, lo insulta.

Él la abofetea. Ella se desploma sobre el sofá. Le duele un ojo. Se siente mal. Hughes avanza hacia ella. Ava le arroja a la cabeza una campana de bronce. El rostro de Hughes sangra. Ella toma un sillón del escritorio, lo levanta y se dispone a golpear con él a Hughes. Aparece la mucama y le impide hacerlo. Bappie y su amante, un empleado de Hughes, aparecen a su vez en el dormitorio. Hughes había sobrevivido a varios accidentes de avión, pero Ava Gardner estuvo a punto de matarlo.

Eso no lo iba a desanimar. Aviador intrépido, Hughes vislumbraba el séptimo cielo a pesar de las nubes. Aunque se negara a ser su amante, Ava seguía siendo, a su pesar, la protagonista de la mala película cuyo rodaje él no se decidía a interrumpir. Hubo más detectives, más escuchas. Mickey Rooney creyó que todo volvía a empezar. En junio de 1944, lamentablemente para la MGM, lo convocaron al ejército. Él deseaba ir al frente. Le dolía parecer un cobarde acurrucado en el regazo de los estudios. Ava y él fueron al Palladium. Como partía al día siguiente para interpretar el papel de un soldado estadounidense en una película con balas verdaderas producida por Roosevelt, Ava le prometió lo imposible. Lo esperaría. Lo amaría para siempre bajo las palmeras de Hollywood. Se escribieron. Un día, ella lo llamó: se había terminado. Mickey Rooney se deshizo en lágrimas en su cuartel. No era una película.

Durante el otoño de 1944, Hughes se esfumó. Nadie sabía en qué latitudes paseaba su psicosis. Ava no necesitó su último avión, el Constellation, para sentir que le crecían alas. Transportada por el swing del clarinetista Artie Shaw, conoció el amor.

Al principio, fue el *Frenesí*, gran éxito, entre tantos otros, del músico. Artie Shaw, seductor hosco, ex marido de Lana Turner, la bomba de la MGM, era también un intelectual apasionado por el psicoanálisis y la literatura, y un hombre comprometido, enemigo de la segregación racial. A fines de los años treinta, había osado entronizar a la cantante negra Billie Holiday como reina de su *jazz band*. Para lo bueno: el arte. Y para lo malo: el racismo de los estados del Sur, en los que la joven no podía subir a un escenario ni comer en el restaurante con los músicos.

Cuando conoció a Ava, Artie Shaw estaba formando una nueva orquesta con el guitarrista Barney Kessel y el trompetista negro Roy Eldridge, entre otros. Ava adoraba las giras, la agitación de esa vida alocada, la pulsación del jazz. Se relajaba bajo las cataratas de batería. Saboreaba whisky, bailaba entre los bastidores, le inspiró a Shaw el afiebrado *Grabtown Grapple*. El racismo del ambiente la decepcionó. Roy Eldridge lloraba en sus brazos. El jazz se llevaba todo. A Ava no le importaba su carrera, que tardaba en despegar. Seguía abonada a la clase B, simple empleada

de los estudios, satélite de la gloria. Prefería hacer el amor antes que hacerse un nombre. Ni *Blonde Fever* ni *Music for Millions*, en las que hizo papeles muy secundarios, convencieron a la Metro de ubicarla en la parte superior del afiche. Las giras de la orquesta terminaron.

El 17 de octubre de 1945, los amantes dieron el sí frente a un juez de Beverly Hills. La luna de miel, al borde del lago Tahoe, prolongó un poco el encantamiento. Los dioses del jazz velaban sobre ellos. Ava no tuvo tiempo de leer *El origen de las especies* de Darwin, que Shaw le había recomendado. Es posible que él se preguntara por el origen de las diosas, al mirar a su mujer, Venus surgida entre la espuma de las sábanas arrugadas. El regreso a la casa, la mansión que Shaw poseía en Bedford Drive, devaluó la mitología. Shaw la trataba como a una bella idiota. Ella lo amaba. Trataban de sobrellevar la vida diaria.

Como un director de orquesta doméstico, Shaw dirigía a su esposa, la acostaba en el diván de los psicoanalistas. Ava reprimía muchas cosas. Shaw expresaba su mal humor. El príncipe azul se había convertido en un tirano irascible. La humillaba, se burlaba de ella en público por su falta de cultura, por sus pies descalzos de salvaje. Ella lloraba y bebía. El blues era el reverso del jazz. Para huir de él, Ava condujo a demasiada velocidad por las calles de Beverly Hills. Un policía le puso su revólver en la frente. Shaw le quemaba el corazón. Él leía a Flaubert, Thomas

Mann, Dostoievski, y quería que su esposa también los leyera. A ella le costó escalar *La montaña mágica*. Shaw se había casado con Venus y deploraba que no leyera a Homero. Como un volcán apagado, Ava Bovary se asfixiaba en la decoración estilo falso Tudor de la mansión conyugal. En Hollywood, muchas construcciones eran falsas: los chalets suizos, las haciendas, el amor. Shaw vendió su mansión. Alquilaron una casa común en Burbank. Ava adelgazó, asistió a clases en la Universidad de California para impresionar a su Pigmalión. Su metamorfosis en una mujer sabia no se produjo. Su matrimonio con Mr. Swing había perdido el compás. La pasión se desgranó en notas de blues. El tiempo fue un asesino.

Los asesinos.

Ese era el título del film para el cual la MGM le prestó a Ava a la Universal. Se rodó en la primavera de 1945. Ella interpretaba a Kitty Collins, hada venenosa en medio de los *gangsters*. Los enloquecía a todos. Burt Lancaster perdía la cabeza y luego la vida. Shaw perdió la paciencia. El encanto negro que oscurecía los proyectores no funcionaba bajo las lámparas del salón. El rostro de Ava fascinaba a la cámara del director Robert Siodmak. Ava. Ella quería que los técnicos la llamaran por su nombre. No se creía una estrella. Ignoraba que con el correr de las escenas se estaba convirtiendo precisamente en una. En realidad, bastó

una sola escena: cuando aparece en la película por primera vez. Lleva un vestido negro que hace resaltar la blancura de su piel. Canta “The more I know of love”. Parece saber bastante de amor. El sueco, un boxeador sin dinero interpretado por Burt Lancaster, ya no mira a la joven rubia que lo acompaña. No puede despegar la vista de la cantante. Ella parece salir del interior del piano, Salomé negra y blanca que naufragó en la pantalla. El sueco, hipnotizado, se planta detrás de la mujer. Ella lo invade. El hombre termina tras los barrotes de la obsesión erótica. Kitty es una zorra. Ella será su perdición: está escrito en sus ojos.

Ella: ¿Usted es boxeador?

Él: ¿Le gusta el boxeo?

Ella: Nunca vi un combate. Me horroriza la violencia. Me enferma ver dos hombres tratando de masacrarse.

Cuando la amiguita del sueco, que bebe limonada y adora el cine, le explica con orgullo que ella vio todos los combates de su campeón, Kitty la manda contra las cuerdas: “Usted es maravillosa... Yo no podría ver maltratar al hombre que amo”. Victoria por *knock-out*. La rubia dejará el ring y vivirá una felicidad común. El sueco, grogui por la pasión, ya no se levantará.

La película se estrenó en Nueva York el 28 de agosto de 1946. Fue lanzada por una campaña publicitaria masiva

y obtuvo un gran éxito. Sobre la fachada de un edificio de Broadway, una Ava Gardner gigantesca, de tres pisos de alto, provocaba al hombre de la calle para convertirlo en espectador. Los espectadores convirtieron a Ava en una estrella.

A Shaw no le gustó. Despreciaba los milagros de Hollywood y quería instalarse en Nueva York. Ava consideró que no era el momento: el sol de la gloria salía por el oeste. Abandonó la casa *middle class* en la que se deterioraba su matrimonio. Con el corazón destrozado, decidió no volver. Frecuentaba el bar *Ciro's* de Sunset Boulevard, repetía en su tocadiscos los éxitos de Artie Shaw. No habitó realmente los sucesivos apartamentos que alquiló, pues salía todo el tiempo: habitaba la noche. Se involucró con hombres para torear la soledad. Su bello rostro quebrado por el amor hacía estragos. Obtuvo sus galones de fiestera en los *night-clubs*, en los clubes de jazz. Sus noches eran más largas que sus días. Se terminó el tiempo de la inocencia. Shaw viajó a México para divorciarse y casarse con otra de inmediato. Ava se moría de sed en su desierto sentimental. La mujer fatal de *Los asesinos* y la salvaje de los campos de tabaco engendraron a Ava Gardner. Venus se acostaba con los mortales, pero estaba sola en el Olimpo: es el destino de las diosas. Era pródiga con las citas: pasaba una parte de la noche con un hombre y el resto con otro. A menudo les pedía a personas a las que apenas conocía que la acompañaran a su casa y se tendieran a su lado hasta que lograra

conciliar el sueño. En el fondo, ¿qué la hacía correr sino ese antiguo miedo a la oscuridad que mantiene despiertos a los niños? Ella, la bebedora de Ciro's, la enamorada perdida transformada en mujerzuela necesitaba que alguien le sostuviera la mano para dormirse. Howard Hughes estaba dispuesto a cumplir esa función.

Hughes había desaparecido durante casi un año para curar su alma.

Su cuerpo había escapado a las llamas del infierno después de estrellarse, al mando de su último avión, en una calle de Beverly Hills. Hughes, el fénix, envidiaba a los mortales: tenían el derecho de acostarse con Ava Gardner. Ella no le permitió un trato íntimo, pero aceptó volver a verlo. Él la llevó a pasar un fin de semana por Nueva York, le regaló un Cadillac, una vez más le ofreció casamiento y una vez más ella lo rechazó. Hughes lanzó su jauría de fisgones para vigilarla, sin contar sus noches en blanco para seguir a Ava la insomne por los meandros de la mala vida. Venus tenía modales de vendedora de feria, empujaba el codo como un hombre y desalentaba a los pretendientes demasiado insistentes diciendo groserías. Aunque no le gustaba el alcohol, fue una alcohólica aplicada. Tenía la costumbre de mezclar bebidas fuertes y cortarlas con Coca-Cola. En ese momento, ella era la bacante de las noches californianas, totalmente dedicada al jazz y al sexo,

princesa rock adelantada a la época. “Sí, soy muy hermosa. Pero moralmente, apesto”, confesó entre dos cócteles, en una de sus interminables veladas.

La realidad se convirtió en una cosa extraña.

Louis B. Mayer comprendió que el producto Ava Gardner valía lo que pesaba en dólares y se dignó interesarse por ella. Ava ingresó al panteón de los dioses de celuloide que la habían deslumbrado en la penumbra del cine de Smithfield. Trabajó con Clark Gable, el héroe engominado de *Tierra de pasión* y *Lo que el viento se llevó*, en *Mercaderes de ilusiones*. Kirk Douglas, David Niven y Robert Taylor pasaron por sus brazos tanto en la pantalla como en la alcoba. Compró una mansión de color rosa en una colina, sobre Nichols Canyon. La llamativa *bad girl* interpretó con placer el papel de “la bella jardinera”. Las rosas amarillas que florecían en su jardín tenían menos espinas que la sonrisa de Mayer. A pesar de *Los asesinos*, este se resistía a darle papeles protagónicos.

Decepcionada por el amor, Ava seguía entre bastidores su carrera de reina del sexo. Objeto de deseo, parecía vengarse del amor que la había “extraviado”. Rompía corazones y no los reparaba. Su vida era un himno ronco a la voluptuosidad. Nadó desnuda en la piscina de William Holden durante una recepción, visitó un burdel de San Francisco y se mezcló con las prostitutas. Manejaba a toda

velocidad, bailaba sobre las mesas, les pagaba giras a los músicos y le importaba un rábano lo que pensarán de ella en el estudio o en cualquier otra parte. Iba a los clubes de jazz del gueto negro, se divertía con sus amigos negros. “Escoria blanca pobre”, ella misma se sentía un poco negra. Ante la desaprobación de Mayer, apoyó la candidatura de Henry Wallace, entusiasta defensor de los derechos cívicos, para la elección presidencial de 1948. A los veinticinco años, era la actriz más libre de Hollywood. Sus escándalos exasperaban a Mayer, que pretendía mantener la buena imagen de su fábrica de sueños. Venus blasfemaba como un carretero: eso no le gustaba nada a Júpiter. Permitted que la Universal pusiera en escena su capricho. *Venus era mujer* mostraba a la diosa del amor perdida en la Norteamérica de 1948. En la pantalla, Venus se mantenía muy serena educando a las familias que comían *pop-corn* en la sala. Fuera de la pantalla, rompía el yugo del decoro y prefería el aguardiente al agua de rosas.

“Pobre mortal, ¿tienes miedo?”.

Tenía miedo y tenía razón. Robert Walker, que interpretaba al pobre mortal, se entusiasmó con su coprotagonista. Ella se acostó con él, por supuesto, y por supuesto, lo dejó. Desdichado el que se enamoraba. Walker, alcohólico y depresivo, trataba de huir de la embriaguez. Era imposible con la dionisiaca Ava. Salir con ella era consentir al

alcohol, a la noche, subir al Olimpo en el crepúsculo y bajar al amanecer. A menos de dejar las ilusiones en el guardarropa, uno terminaba con los huesos rotos y el corazón en pedazos. Walker lo aprendió con sangre. Durante el rodaje, Ava estaba con el actor Howard Duff, su amante más regular del momento. Cuando Walker llamó a la puerta del camarín, la voz grave de Duff contestó: “Sí, soy Ava”. Los amantes se rieron a carcajadas. La broma carecía de delicadeza. Walker perdió los nervios y escribió la palabra “zorra” en la puerta del camarín de Venus como si fuera un grafiti. En la película necesitaban una estatua de Venus, de modo que Ava posó para el escultor Joseph Nicolosi. Las sesiones fueron castas, pero Venus tenía senos y Nicolosi no los ocultó. El productor del film montó en cólera. Hubo que hacer todo de nuevo. Sin embargo, el servicio de prensa de la Universal usó las medidas de Ava como argumento publicitario:

Busto: 89

Cintura: 58,5

Caderas: 86,5

Cuello: 30

Muslos: 48

Pantorrillas: 33

Muñecas: 17,5